

CAPITULO IV.

Las inclinaciones y las pasiones.

62.—Enumeración, definición y análisis de las inclinaciones.—*El instinto de conservación ó amor á la vida*, es el apetito fundamental que reside en todo sér vivo por el sólo hecho de vivir. Todos los demás apetitos é inclinaciones, no son sino manifestaciones ó matices de este primordial apetito; él es común al racional y al bruto, y encuentra su causa y subsistencia en la vida misma; es innato en los animales y es el principio de su conservación.

63.—Tendencias é inclinaciones.—Son impulsos, *atracciones* por las cuales nos sentimos arrastrados hácia un objeto que nos causa placer, ó como les llama Jouffroy, tendencias primitivas de nuestra naturaleza.

Como ya lo hemos visto, el placer y el dolor son los dos grandes móviles del hombre, y en todas sus inclinaciones y tendencias deben buscarse en último resultado, esos dos primordiales elementos; así que, todo fenómeno físico y moral que se produce en él, va acompañado inevitablemente de una tendencia á buscar lo agradable y evitar lo desagradable. El

placer y el dolor, son inherentes á todo organismo viviente y se explican por él. Unos creen que el placer es un hecho *negativo*, es decir, la cesación del *dolor*, y otros que es un hecho positivo. Descartes definió ambos sentimientos, diciendo que el placer es la conciencia de alguna perfección, mientras que el dolor es la conciencia de alguna imperfección.

64.—Apetitos é inclinaciones corporales.

—Son unos impulsos que nos inclinan hácia las cosas sensibles, al bienestar corporal; tales son el hambre, ó necesidad de sustento para reparar las fuerzas perdidas por la acción de la vida; la sed, ó necesidad de líquidos; la actividad muscular, ó necesidad de ejercicio corporal; el reposo, ó necesidad de descanso y sueño; el instinto de reproducción ó necesidad de propagar la especie.

El carácter de estos apetitos, es que siempre les acompaña una sensación más ó menos desagradable. Son *periódicos*, pues una vez saciados, renacen al cabo de periodos más ó menos regulares. Son además, imperiosos, pues sin satisfacerlos, viene la enfermedad y la muerte.

65.—Apetitos y sentimientos—Que también se llaman *afecciones*, son impulsos que nos inclinan hácia las cosas intelectuales y morales. Estos fenómenos no tienen por objeto ningún sér sensible determinado, sino una idea, que si bien necesita del cuerpo para manifestarse, es un impulso superior que nace de la excelencia de nuestro espíritu.

66.—Inclinaciones personales.—Son las relativas á nosotros mismos, á nuestra propia persona.

Entre ellas están las siguientes: *Deseo de la excelencia ó amor propio*. Es un sentimiento natural que nos lleva á gozar de nuestras facultades y á desear su perfeccionamiento. Puede tomar dos formas, la estimación de sí mismo como hombre en general, como miembro de la humanidad, y entónces se llama *dignidad humana*, ó bien la estimación de sí mismo como individuo, comparándose con otros de su especie, y entónces se le dá el nombre de *amor propio propiamente dicho*. Analizándole se le encuentran estos sentimientos: la complacencia propia, la estimación propia, la confianza en sí, la aptitud para bastarse á sí mismo, el respeto de sí mismo, la conmiseración por sí mismo. Cuando este sentimiento está en sus justos límites, es útil y provechoso, al par que legítimo y favorece al progreso de la humanidad; cuando se exagera es la fuente de todos los vicios y maldades.

El carácter de este instinto ó tendencia, es la propensión á exagerarse, de manera que el educador debe poner todo su cuidado en moderarle, teniendo el tacto suficiente para equilibrar los elementos que le componen. Es indispensable enseñar al niño, que si bien debe complacerse en sí mismo, no hasta hacer de su *yo* el objeto más satisfactorio. Que debe estimarse á sí mismo, pero no hasta la egolatría. Que debe tener confianza en su propio individuo, pero no una completa seguridad en todo lo que cree, piensa y realiza. Que debe sentir la actitud para bastarse á sí mismo, pero sin llegar á la presunción y á la soberbia. Que debe tener el respeto de sí mismo, pero sin que llegue á la veneración. Que debe, en fin, sen-

tir conmiseración de sí mismo, pero sin llegar al egoísmo.

El amor propio puede educarse y de hecho se educa, haciendo conocer al niño la posición que ocupa como individuo y como sér racional en el Universo, las relaciones que lo ligan con los demás séres de la Creación, el verdadero y exacto lugar que tiene en la escala de lo creado, su valor como individuo y como miembro de la humanidad, lo que puede como hombre y como sér social, la estimación de sus facultades físicas, intelectuales y morales, el valor de los conocimientos que adquiere y pueda adquirir en lo sucesivo; pero todo esto sin exagerar las cosas, ya por exceso ó por defecto, esto es, sin llegar á mirar el poder y las acciones humanas con menosprecio; más también sin llegar á enaltecerlos tanto, que se caiga en el antropomorfismo.

Como el carácter del instinto en cuestión es, según dijimos, la exageración, pues nunca se peca por falta de amor propio; el punto capital en esta materia es amarse, pero racionalmente. La consecuencia general que sacaremos de lo expuesto, es la siguiente:

Para educar el amor propio más se le debe contrariar que favorecer.—La fórmula de uno de los mandamientos morales, es ésta: "Ama á tu prójimo como á tí mismo." La fórmula pedagógica en el caso que nos ocupa debe ser ésta: "Amate á tí mismo como á tu prójimo."

La emulación.—Es un sentimiento voluntario, anímico, sincero, que hace al alma fecunda, le da el provecho de los grandes ejemplos y á menudo la po-

ne por encima de lo que admira. El móvil de esta inclinación es el deseo de superioridad. Este afecto es por su naturaleza benévolo aunque puede degenerar en malévol, cuando en vez de elevarnos sobre nosotros mismos nos conduce á despreciar á nuestros semejantes.

La emulación es uno de los sentimientos más fuertes para perfeccionar al hombre; por esta razón debe servirse de él todo institutor, sino que cuidando que el deseo de superioridad que la emulación inspira no llegue hasta la soberbia y el orgullo y degeneren en envidia, pues amenudo sucede que, queriendo igualar ó sobrepasar á alguno, nos vemos derrotados, causándonos, no pena natural nuestro descalabro, sino tristeza del bien ajeno.

La aplicación pedagógica, la concretaremos en el siguiente precepto: «Despiértese y cultívese el sentimiento de emulación, teniéndole igualmente distante del orgullo y de la envidia.» O en otros términos: «Iguala y vence á los demás, pero ámalos siempre.»

La desconfianza de sí mismo, es ese sentimiento contrario al amor propio que, como su nombre lo dice, nos inspira poca ó ninguna confianza en nosotros mismos; de él nacen la *modestia* y la *humildad*, que son inclinaciones al propio desprecio, la *humillación* y la *abnegación*, pérdida de la propia estimación.

La humildad y la modestia están muy cerca de la humillación y la abyección; es, pues, de suma importancia que el educador inspire ó fomente las primeras dos virtudes en el niño con suma delicadeza y atención, pues sucede á menudo que queriendo ha-

cer hombres modestos y humildes, se llegan á formar seres rastreros y degradados.

El institutor deberá, por regla general, combatir la desconfianza de sí mismo, aunque cuidando de no arrojar el alma al extremo contrario, esto es, á la suma confianza de sí. La pusilanimidad y la presunción son igualmente dos defectos que se deben evitar, el uno lleva á emprender más de lo que se puede, el otro, á no emprender ni lo que se puede; la verdad está en el medio; así que la fórmula pedagógica será la siguiente: *Enséñesele al niño á estimarse en lo que vale, pero no en menos de lo que vale.*

El amor á la gloria,—es el deseo de estimación que exigimos de nuestros semejantes. Se ha dicho que este amor á la fama es vacío, que es el ruido de un sonido; más si en verdad, el amor á la gloria carece de objeto substancial, es, sin embargo, un principio natural de nuestra constitución y que casi siempre nos impulsa á las grandes cosas.

67 — Instinto de actividad, deseo del poder.—Que consiste en el sentimiento de nuestras fuerzas ó en el empleo de nuestra actividad; se refiere igualmente al alma y al cuerpo. De la actividad muscular ya hemos hablado, réstanos tratar de la actividad espiritual.

Placer de la acción.—Es ley de la naturaleza humana el que sienta el hombre placer en obrar por obrar; de la actividad viene el placer, así el alma que pone en ejercicio su actividad, por este solo hecho siente placer, que es lo que se llama el *placer de la acción*.

El placer del reposo.—Es el que se experimenta después de un exceso de actividad, pues cuando ésta sobrepasa sus límites, en vez de producir placer nos conduce al dolor, así que, después de este sentimiento de pena, resultado del cansancio de nuestros órganos y de nuestras facultades, el descanso nos produce un grato bienestar que es á lo que llamamos el *placer del reposo*.

Sentimiento de la responsabilidad.—El amor propio produce ese sentimiento que impulsa al hombre á salir abante de una empresa que se le confía y en que se le deja escojer libremente los medios para el buen éxito de ella.

Este sentimiento, que existe más ó menos fuerte en casi todos los individuos, es á veces muy penoso para el hombre, pero no cabe duda que él es uno de los más poderosos medios de progreso, como lo demuestra la experiencia diaria y la superioridad del trabajo libre sobre el trabajo servil.

Esta es una de las inclinaciones que con más tesón debe cultivarse en el niño, sino que aquí la habilidad del educador debe ser aun mayor, pues al confiarle al niño una empresa cualquiera deberá insinuarle los medios más á propósito para realizarla, pero de tal manera que el educando crea haberlos encontrado por sí mismo, y después no perderlo de vista, pero sin que él se aperceba de la vigilancia que sobre su persona se ejerce.

El precepto pedagógico puede ser el siguiente: *Ejercitese en el niño el sentimiento de responsabilidad, más vigilándole siempre, sin que sepa que se le vigila.*

Amor á la libertad.—Tiene su origen en la necesidad de acción. El hombre se complace en desplegar sus fuerzas y siente un placer secreto en librarse de todo lo que le molesta, ama naturalmente la independencia y es impulsado á ella por las mismas leyes del placer y el dolor que rigen su sér, por consecuencia, todo lo que le quita la libertad de obrar le es penoso y de aquí ese fuerte deseo de libertad, innato en el corazón de todo hombre, sentimiento que si no es bien dirigido conduce al espíritu de rebelión, sentimiento malévolo que, tomando por pretexto el amor á la libertad, no soporta ningún yugo legítimo ya venga de las cosas, ya de los hombres; mientras, que cuando se contiene en sus justos límites, es el espíritu de libertad tan conforme á la naturaleza racional del hombre.

Amor al poder.—Bien observado se ve que el amor al poder dimana del amor á la libertad, pues que desde el momento en que el hombre no acepta yugo alguno anhela mandarse á sí propio usando de la libertad. El amor al poder es sin duda bueno, puesto que enaltece al hombre, lo mejora y lo impulsa á su adelanto, mas, facilmente puede degenerar en amor al soberano poder, sentimiento que tantos males ha causado en el mundo, puesto que se traduce en desmedida ambición que todo lo atropella para satisfacerse.

El falso amor á la libertad conduce al amor á la soberana independencia quien á su vez engendra el amor al soberano poder.

68. — **Inclinaciones desinteresadas,** — que también se llaman afectos, se dividen en *filantrópicas*

corporativas, domésticas y electivas; las primeras son inclinaciones respecto de los hombres en general, las segundas respecto de ciertos grupos, las terceras inclinaciones á la familia, y las últimas inclinaciones de elección.

Las inclinaciones filantrópicas, dan origen por un lado á la sociabilidad, afecto que tiene su fundamento en la *compasión*, y por otro á la filantropía propiamente dicha, ó amor á nuestros semejantes.

Instinto de sociabilidad.—Este instinto que lleva al hombre á unirse con sus semejantes, ya por el placer que siente en acercarse á ellos, ya por las necesidades de la vida material, intelectual y afectiva, ya en fin, por la diversidad de sexo; hace esta inclinación de tal modo ineludible, que le es imposible despojarse de ella.

Se ha discutido entre los filósofos, si el instinto de sociabilidad es natural ó ficticio; después de larga controversia se ha llegado á probar de una manera indiscutible que el hombre está formado para la sociedad. Aristóteles le coloca entre los animales sociales.

Inclinaciones corporativas.—Entre estas inclinaciones está en primer lugar el amor á la patria ó *patriotismo*, que es el amor á todo lo que constituye la nación en donde hemos nacido, este sentimiento abraza multitud de circunstancias; desde luego el amor al suelo natal, la unidad de lengua, leyes, costumbres, religión, bandera, tradición, historia; y, por último, la unidad política.

Inclinaciones domésticas.—Estos afectos son de va-

rias especies, según es la relación que nos une al grupo de personas que forman nuestra familia. El amor paternal es más intenso que el amor filial, y lo es también más el amor conyugal que el amor fraternal.

La naturaleza ha dado á estos afectos más fuerza y mayor intensidad para que se cumpla la propagación y conservación de la especie, que de otro modo se destruiría prontamente.

Inclinaciones electivas.—Entre ellas están la *amistad*, que es una necesidad de la vida, un afecto tierno y desinteresado que nos lleva á querer á una persona que se ha identificado con nosotros y á quien miramos como á nosotros mismos.

«No sólo es necesaria la amistad, dice Aristóteles, sino que es hermosa;» y en efecto, ella endulza las amargas horas de la vida y las embellece, proporcionándonos gustos y delicias.

Se pregunta si se funda la amistad en la semejanza ó en la desemejanza de los caracteres y de las pasiones. Heráclito y con él algunos otros, han asegurado que la amistad nace del contraste, mientras que otros opinan que se origina de la semejanza. Aristóteles y Platón, piensan que la amistad no se funda ni en la semejanza sola, ni en el contraste sólo, sino en cierta mezcla de semejanza y de diferencia.

El fundamento de la amistad es la benevolencia recíproca; su carácter es el desinterés, sus efectos, un suave placer.

Los antiguos aseguraron que no podía haber verdadera amistad sino entre los hombres virtuosos; si bien se examina, el aserto es justo, pues que entrando

en la naturaleza de la amistad una suma, por decirlo así, de afectos que encuentran su raíz en la virtud, tiene que ser la amistad por fuerza el producto de la virtud. Sin embargo, hoy se distinguen tres clases de amistades, fundadas en el placer, el interés y la virtud; más las dos primeras, dígase lo que se quiera, son sólo simulaciones de la verdadera amistad. (1)

69.—Inclinaciones superiores.—Entre estas inclinaciones, está en primer término el *sentimiento intelectual* ó el amor á la verdad ó curiosidad. El deseo de conocer es general, existe innato en todos los hombres y su ejercicio, causa placer, que es lo que se llama *placer del pensamiento*.

Se discute si el amor á conocer tiene por objeto la utilidad ó el placer. Es un hecho, que no se desea conocer por la mayor utilidad que esto puede reportarnos, sino que nos agrada conocer por conocer. De aquí el amor al estudio que llega á tomar en ciertos hombres las proporciones de pasión: "Hay algo superior á los goces materiales, á la fortuna y aun á la salud: es el amor á la ciencia," decía Agustín Thierry.

El instinto de curiosidad es uno de los que mejor y con más provecho puede explotar el educador, él es un poderoso vehículo para la enseñanza, pero es necesario que esa curiosidad, peculiar al niño, se satisfaga pacientemente, sin enfadarse por las repetidas preguntas que la curiosidad le sugiere, que se le conteste con afabilidad, y lo más claro posible hasta que

(1) En el capítulo intitulado: "El hombre de acción," trataremos de la influencia de la amistad en la educación.

se convenza uno de que el niño ha entendido lo que deseaba conocer. Precisa que el institutor haga gustar al niño el placer que proporciona la verdad, para ello es necesario que hábilmente se aproveche del instinto de curiosidad, que señale al educando el camino de la investigación, que le guíe por la senda que por primera vez va á recorrer, pero sólo vigilándole de lejos para que no se extravíe y dejando que ejercite su propio esfuerzo y que por él llegue á la meta señalada; entónces experimentará el niño el placer que se encuentra en el propio pensamiento, lo saboreará y gustará de él.

Después de haber hecho conocer al niño el placer del propio pensamiento, conviene enseñarle á gustar el placer que se encuentra en el pensamiento de otros; esto exige que se comprenda lo que se le enseña; así, tanto los libros de texto que se pongan en manos de los alumnos, como las lecciones orales que se le den, deberán tener claridad y brevedad.

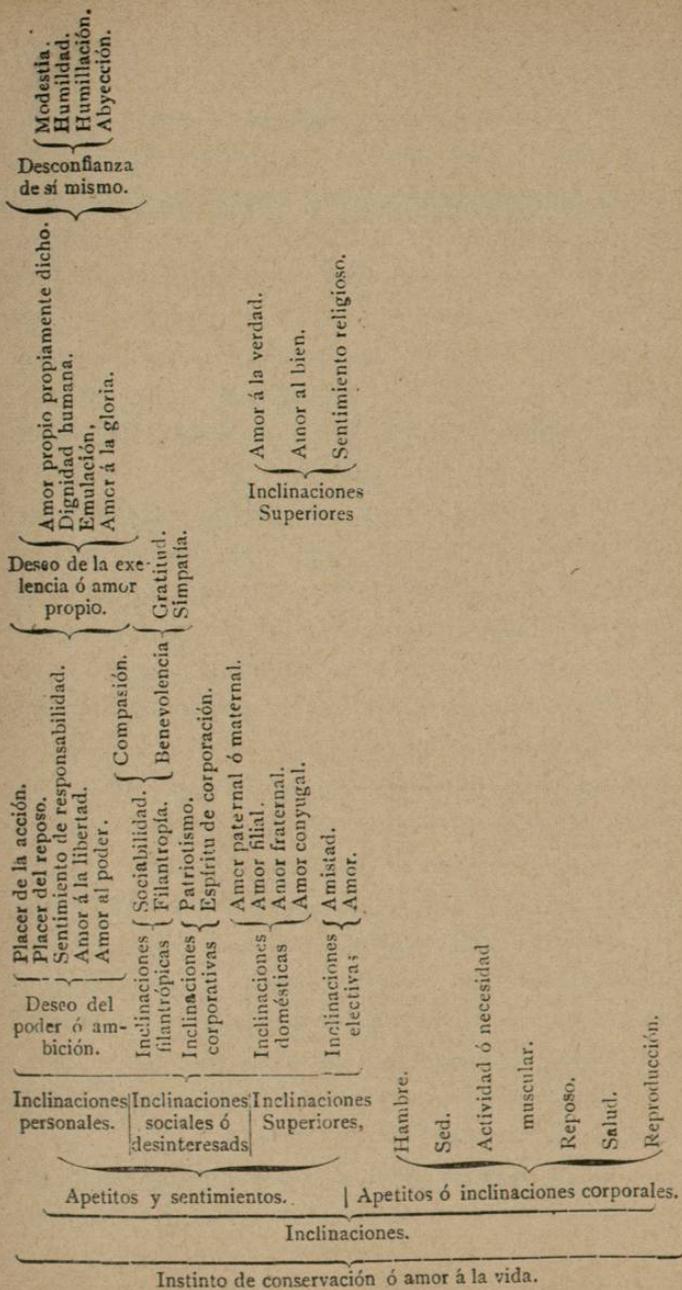
Sin embargo, al instinto de curiosidad, como á todas las inclinaciones en general, hay que tenerle en sus justos límites; la curiosidad llevada al extremo hace el espíritu ligero y superficial, amigo de la variedad, pero no profundo, preciso y exacto. *Non multa sed multo*, decían los antiguos; no muchos conocimientos; pocos, pero sólidos y útiles, pues que los hay inútiles y hasta perjudiciales; lo que importa es saber bien para preveer bien, preveer bien para obrar bien.

El instinto de imitación, del cual debe esperarse mucho en la educación, si se le cultiva y vigila convenientemente, es también muy digno de atención.

Sentimientos estéticos y morales. —Estos sentimientos persiguen el bien y lo bello. Así como el pensamiento tiene por objeto la verdad, la imaginación y la voluntad, se inclinan naturalmente á lo bueno y á lo bello, inclinaciones superiores que muestran la excelencia del alma humana y cuyo análisis no es de la competencia de esta parte de nuestro trabajo. De este mismo género es el *sentimiento ó inclinación religiosa*, sino que éste último es más elevado que todos, los comprende á todos y está compuesto de dos elementos, el metafísico, que es el sentimiento de lo infinito, de lo absoluto ó Dios, y el elemento moral, que es el sentimiento de nuestra propia debilidad y por el cual nos dirigimos al Ser Supremo implorando de él auxilios.

En resumen: 1.º Los instintos y las inclinaciones que se originan de aquellos, son buenos, puesto que nos han sido dados por la naturaleza para la conservación y perfeccionamiento del individuo y de la especie. 2.º El instinto y las inclinaciones, varían en los individuos, según el temperamento, el sexo, la edad, el medio, etc. 3.º Existe en el hombre una gran propensión á exagerarlos y ésto los hace malos. El mejor de los instintos ó inclinaciones llevados á la exageración, se hace malo. 4.º Es necesario, y de todo punto indispensable cultivar y educar el instinto y las inclinaciones. 5.º Para aprovecharse de ellos en la educación, se les deberá conocer bien y emplearles debidamente. 6.º No hay que contrariar los instintos sino sólo contenerlos en sus justos límites.

La siguiente tabla sinóptica da á conocer mejor las inclinaciones, sus divisiones y subdivisiones.



70.—**¿Que son las pasiones?**—Según dejamos dicho en otra parte, son emociones ó modos por los que pasan nuestras inclinaciones según el objeto á que se dirigen, si es bueno ó malo, si está presente ó ausente, si la inclinación es satisfecha ó contrariada. Por esta definición se ve que las pasiones no son otra cosa que las inclinaciones, como éstas á su vez son modificaciones de los instintos; en consecuencia, las pasiones, más que menos están sujetas á las mismas leyes del instinto y de las inclinaciones.

Las pasiones necesitan siempre un objeto exterior que las excite, éste objeto puede estar presente ó ausente y según que lo esté ó no, modifica la inclinación de donde nace, dando origen á diversas pasiones; además, si la inclinación que producen las pasiones es satisfecha ó contrariada, da margen á modificaciones de distinto género.

Así como el instinto de conservación ó amor propio, es el origen de todos los apetitos, afecciones y emociones, así el amor es el origen de todas las pasiones, que no son otra cosa que los modos ó formas del amor ó el *amor transformado*, que produce el amor propiamente dicho y el odio, según que son ó se consideran buenos ó malos los objetos que lo excitan.

También la presencia ó ausencia del objeto, ó mas bien dicho, su posesión y privación, hacen nacer otras pasiones fundamentales.

El amor en posesión de su objeto produce el *gozo* ó *contento*, si el objeto es ó le parece bueno, cuando no,

produce la *tristeza*. La ausencia ó privación del objeto produce el *deseo*, cuando es ó parece ser un bien, cuando no, produce la *aversión*; así que por una parte *amor, gozo, deseo*; y por otra, *odio, tristeza, aversión*; son las seis pasiones fundamentales que dan nacimiento á las demás.

Las pasiones pasan por tres estados distintos: primero son afectos naturales é inevitables del alma, ó sea *idclinaciones*, después se cambian en movimientos violentos y desordenados y son *pasiones* propiamente dichas, por último, se fijan en costumbres y se incorporan al carácter y se transforman en virtudes ó vicios.

Las pasiones están íntimamente enlazadas con el alma y el cuerpo, tienen sus leyes á que obedecen necesariamente y sus caracteres generales que las hacen *exclusivas, violentas, impetuosas*, se manifiestan por signos exteriores é interiores que las anuncian, tienen su período de nacimiento, desarrollo y término, y pasan casi siempre por un estado de *fluctuación*, es decir, de lucha, de combate.

Las pasiones están sujetas á muchas circunstancias, tales como las edades, temperamentos, sexos, enfermedades, etc.

La pasión es la exageración ó mengua de las inclinaciones ó sentimientos legítimos.

Como nuestro objeto es corregir los vicios que se encuentren en los niños, ó bien, prevenirlos, de aquí es que dedicaremos nuestra atención á éstos, estudiando de preferencia los que son más comunes á tal edad.

Antes de hacer el análisis de ellos, conviene saber si hay en el niño inclinaciones naturalmente malévolas; desde luego diremos que no y á ello nos autoriza el estudio de las inclinaciones que acabamos de hacer, además, en adelante comprobaremos mejor tal afirmación; sin embargo, cierta disposición original del organismo, los temperamentos y otras mil causas reunidas suelen hacer que algunos niños, además de la propensión inherente de la naturaleza humana al mal, posean ciertas disposiciones á él, tendencias poderosas de su naturaleza individual, que no afectan la regla general y que hacen de esas criaturas seres verdaderamente anormales.

Ahora bien, ¿tales tendencias naturales se pueden corregir y vencer? No cabe duda que se modifica la naturaleza siempre que para ello se pongan los medios necesarios; ya lo hemos visto; el instinto se modifica, se pierde por completo y aparecen nuevos instintos, lo mismo las inclinaciones, y hasta los organismos varían, aunque es verdad que el natural suele vencer al arte en muchos casos.

Antes de entrar en el análisis de los vicios y virtudes, coloquemos unos y otras metódicamente en el lugar que les corresponde.

Hay una teoría de Aristóteles, según la cual el término medio entre dos afectos viciosos es lo que constituye un sentimiento virtuoso, lo que quiere decir que hay una escala que recorren esos fenómenos ó movimientos del alma, que comienzan en el instinto, siguen en la inclinación, después en la pasión y por último en el vicio; entre una y otra modificación

hay términos colaterales, encontrándose en esa escala un punto, que es, como quien dice, el punto central, en el cual punto, si se detiene la afección se convierte en virtud quedando de uno y otro lado la gradación del vicio.

Una tabla pondrá más de manifiesto la teoría.

EXCESO	MEDIO.	DEFECTO O EXTREMO CONTRARIO.
Temeridad.	Valor.	Cobardía.
Destemplanza.	Templanza.	Insensibilidad.
Egoísmo.	Modestia. Humildad.	Bajeza. Abyección.
Prodigalidad.	Liberalidad.	Avaricia.
„	Actividad.	Pereza.
Suceptibilidad.	Dignidad.	Desvergüenza.
Dureza.	Benignidad.	Debilidad.
Apatía.	Mansedumbre.	Ira.
Jactancia.	Verdad.	Mentira.
Bufonería.	Jovialidad.	Rusticidad.
Adulación.	Amistad.	Odio.
Envidia.	„	„
Astucia.	Prudencia.	Estupidez.

Se encuentran algunos vacíos en la presente tabla y es porque la lengua no tiene el suficiente número de palabras para expresar todos los afectos de nuestra alma; por ejemplo, el exceso de actividad, la virtud contraria á la envidia, etc.

ANÁLISIS DE LOS VICIOS.

71.—El egoísmo.—Es el vicio de los que sólo se estiman á sí mismo y relacionan al suyo todo otro bien sacrificando á éste el de los demás. Este vicio es la fuente de todas las afecciones y actos interesados y malévolos.

Está en la inteligencia, en el corazón y en el ca-

rácter. En la primera, porque es necesario conocer las relaciones que el hombre tiene con los demás seres de la creación, para así pretender hacerse superior á ellos; en el segundo, porque es necesario amarse á sí mismo sobre todo lo existente; en el tercero, porque siendo el carácter el conjunto de todas las facultades que existen en el hombre, natural es que el egoísmo forme parte integrante de aquél conjunto; así se puede decir que el egoísmo es primero comprendido, después amado y al último ejecutado.

Naturalmente el desarrollo de tal vicio es lento y por gradación. Su primer grado es el tránsito de la conciencia de sí á la conciencia de la supremacía del *yo* sobre todo lo demás. El segundo, es la lucha entre éstos dos sentimientos, el legítimo y el ilegítimo. El tercero, es la completa estimación de sí mismo; tales transiciones se efectúan insensiblemente. Además, el desarrollo de esta pasión tiene varios matices, según es la índole del individuo, su temperamento, educación, instrucción, etc; así, en unos es orgullo, en otros vanidad; entre estos dos sentimientos hay otros varios que no son sino modificaciones del egoísmo. El *orgullo*, que se caracteriza por la absoluta confianza en su propio mérito ó por la idea de bastarse á sí mismo; la *vanidad*, por el deseo de brillar en la sociedad ó de ocupar el pensamiento de los demás; la *envidia*, por la tristeza que nos produce el bien ajeno; la *ambición*, por el constante deseo de dominar; la *avaricia*, por el exagerado amor al dinero; la *gula*, por el immoderado deseo de comer y beber; la *lujuria*, por el apetito desordenado de cosas carnales.

Los vicios que la vanidad produce, son: el *lujo*, que es el amor á la ostentación; la *prodigalidad*, que es la disipación de la propia hacienda; y la *Munificencia*, que es la pompa y el extremado lujo.

El egoísmo no es innato, como lo aseguran varios moralistas, porque como hemos dicho presupone el conocimiento de las relaciones del *yo* con los demás seres; lo que hay en el alma son propensiones al mal, inclinaciones que favorecidas después por una educación defectuosa, por las relaciones sociales, el infortunio y también por la injusticia; hechos exteriores que se mezclan con las propensiones al mal, que posee nuestro espíritu dando origen al egoísmo en una persona que no sabe enfrenar sus pasiones.

De aquí se sigue que el egoísmo es á la vez obra del temperamento y de la reflexión, aunque puede ser en algunos hombres, obra de una sola de éstas cualidades.

El egoísmo no siempre ocupa todo el corazón humano, deja lugar á otras pasiones y aún á ciertas virtudes que no pugnan abiertamente con él. Se puede ser egoísta y perezoso, lujurioso y avaro, como también se puede ser egoísta y casto, á la vez que diligente.

El verdadero y único origen del egoísmo, es el amor propio que exagerado dá nacimiento á este vicio. Siempre le acompaña la conciencia errónea, algunas veces la ignorante, pues el excesivo amor de sí propio es un sentimiento erróneo, aceptado por la conciencia moral y la voluntad.

El egoísmo debe estudiarse igualmente en el niño y en el hombre, aunque á decir verdad, esta pasión no